

Los cuatro relatos que integran *Sociedad Anónima* se presentan con un título escueto, descarnado e inquietante. Sabe Paula Nogales que éste es el resumen inicial, y por adelantado, de las páginas ulteriores. "Fundido en negro", "Posdata", "Revancha" y "Cara y Cruz" tienen apariencia disímil, pero un fondo común. Los cuatro se yerguen sobre dos elementos. En "Cara y Cruz" el soporte es visual. "Fundido en negro" se basa en la transformación de dos estados. "Revancha" y "Posdata" revelan el deseo de completar lo inconcluso. Salvo el primero, -y con dudas-, los demás incorporan un tránsito en el tiempo cuyo discurso oscila desde el estado global hasta el detalle ambiguo.

Estos títulos son como las caras transparentes, no esconden otra cosa que la persona verdadera y, además, esa exposición invita a traspasar el umbral.

Quien haya escrito alguna vez una tarjeta postal, posee todo el bagaje para conocer de antemano la esencia de estos cuentos. En la postal hay una imagen que pretende reflejar uno de los perfiles más sugerentes del paisaje. El texto incluye una salutación, una fe de vida y la promesa implícita de nuestro seguro regreso.

Como todo relato breve que se precie, éstos tienen una imagen doblemente seleccionada -por el fotógrafo y por el remitente-, el contenido correspondiente al saludo para prometer la vuelta al lugar de origen; y todo el espacio de ambigüedad que media entre la foto y la grafía, entre el anverso y el reverso.

El lector atento se topará, además, con tres posibles historias de amor y una requisitoria desesperada, con el esplendor y la miseria de la idiotéz contada por el afectado y con elementos indispensables para la caza con reclamo o el arte de la seducción.

La solapa contiene un apretado, -y acertado-, resumen del conjunto. Explica el libro sobre tres pivotes: el anonimato, la mediocridad y el fracaso.

Ahora bien, debemos estar alerta porque en el prólogo se nos advierte sobre el uso de trampas, estratagemas y ardidés como habilidades del cuentista.

El fracaso es relativo, no parece excesivamente doloroso y no lo provocan insuperables impedimentos externos, sino dejaciones de la voluntad. Nunca dificulta una sosegada convivencia.

La ligereza confunde el anonimato con la mediocridad y, a mi modo de ver, son especies diferentes. El primero es de naturaleza externa y el segundo revela un rasgo manifiesto de incapacidad.

Otro eje vertebral las cuatro piezas: la obtención de un objetivo definido sabiendo que los indicios y los presagios conducirán a un final desgraciado. No obstante, la obstinación, el desafío al destino o, simplemente, la provocación al azar para que, por una vez, formule sus designios de manera favorable conmina a los personajes a perseverar.

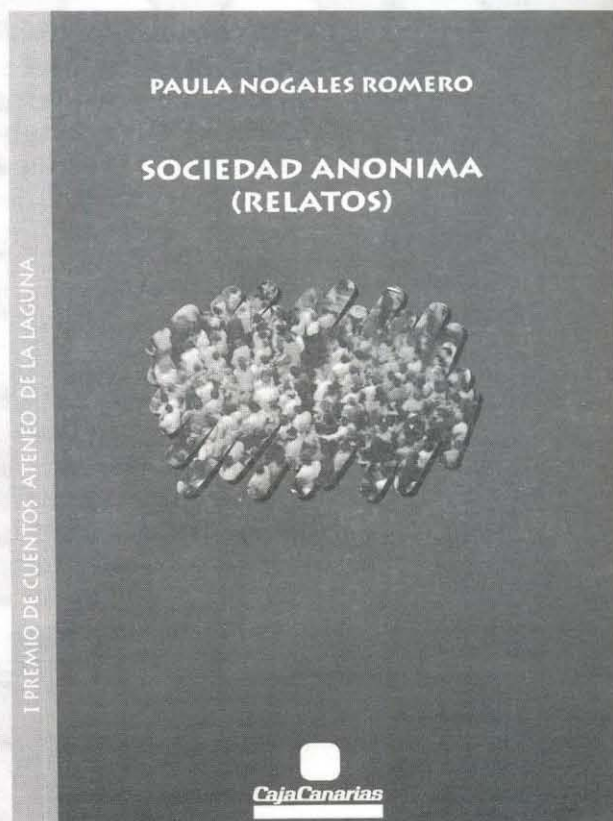
La autora es, que se me entienda bien, una fisgona empedernida. Fija su atención en los olores, detalla sabores, desmenuza gestos, repara en detalles mínimos de difícil percepción; pero, sobre todo, va minando el relato de espacios vacíos que el lector debe cazar para completar el conjunto.

Este libro ofrece el interés de seguir atentamente el fraguado de la obra posterior de su autora. Contiene elementos más que sobrados para esperar lo mejor.

Sociedad Anónima (Relatos)

Paula Nogales

S/C. de Tenerife, CajaCanarias, 1996





Texto de Paula Nogales

■ inevitablemente estamos condenados a ser libres, y en el caso del escritor la evidencia de esa condena llega a ser sangrante. Contaminados quizá de un prejuicio teleológico, aprendemos desde la escuela que el artista posee una intención y en función de ella selecciona sus materiales, desechando otras posibilidades. Pero no siempre es tan sencillo. La tarea de escribir se convierte en un juego complejo y astuto donde no se desdén la trampa: desbrozamos la selva del verbo a machetazo limpio hasta destruir su virginidad y configurarla en un bonito y aseado jardín supuestamente a nuestra imagen y semejanza. Pero siempre queda el fantasma de aquellas palabras que pudimos decir, de aquellos resortes intelectuales o sensibles que pudimos pulsar. Para Miguel Ángel, sólo había que quitar del bloque de mármol los trozos que sobraban para descubrir, inédita y palpitante, la obra maestra que escondía la piedra en su interior. El ejercicio de su libertad -la libertad ardua de elegir, cada golpe, cada caricia- parece así limitada por un mandato misterioso y superior. El escritor (y sobre todo el escritor contemporáneo) peca aún más si cabe de soberbia, y, si se me apura, hasta de avaricia: quiere nadar y guardar la ropa, estar en misa y en la procesión; decir unas cosas y sugerir otras tantas; esbozar seres proteicos -sean personajes "externos" o imágenes de sí

mismo- a los que el lector sorprende en un momento dado de su actuación, pero que potencialmente guardan intacto el germen de su ambigüedad.

La tesis de este juego de evidencia y ocultación es válida tanto para la escritura poética - hasta para aquella considerada tradicionalmente "confesionalista", centrada en el yo- como para los presuntamente más objetivos géneros de la narración. No quedan en nuestro mundo realidades monolíticas que admitan sin resquicio una transliteración para regocijo de lectores ingenuos. Sólo fragmentos multiformes de sentimientos, creencias, actitudes, percepciones, que conlean junto a su luz fugaz una cara oculta.

Como un encadenado más en la cueva platónica, el escritor levanta acta de sus propias sombras pasajeras. A veces comete la mayor mistificación de todas: inventar un referente "sólido", un sistema que dé coherencia a sus distintas y sucesivas expresiones, un punto fijo para mover su universo. Y entonces lo llamamos "fabulador", abrumados y agradecidos por la consistencia del mundo que gentilmente crea para nosotros. Pueden ser mundos mágicos donde no nos asombre que una muchacha llamada Remedios la Bella ascienda a los cielos mientras tiende sábanas bajo un intenso sol tropical; o bien mundos increíblemente reales que recreen épocas históricas, pasadas y presentes (y hasta futuras: piénsese en

Orwell o Huxley), con tal exactitud de datos que el lector encuentra siempre bajo su pie confiado una baldosa firme para continuar el camino. En uno y otro caso, el quehacer literario se convierte en una minuciosa labor de edificación de arquitecturas casi palpables donde piezas tales como personajes, anécdotas, sensaciones, causas y efectos encajan en el seno de una lógica más o menos sutil pero implacable. Y el lector, como si regresara de un cruce, suspira satisfecho tras leer la última frase del texto, rumiando aún los ecos que reverberan en su interior, y parpadea luego un poco para adaptarse de nuevo a la luz de su propia vida.

Pero hay otros escritores que no sabemos o no queremos convertirnos en astrólogos que no salen nunca airosos ante preguntas del tipo de "qué es lo que usted pretende" o "defíneme su obra en una sola frase". Estos escritores navegan entre las letras con una a veces desazonante sensación no ya de orfandad (sus "padres" literarios viven todavía, freudiana y celosamente guardados en sus entretelas), sino de ser hijos únicos: no son capaces de reconocerse en las lunas de los escaparates de las librerías, donde tantos volúmenes flamantes dan testimonio de literarias fraternidades u odios no menos cordiales, tanto en poesía como en narrativa. Como el personaje del cuento de Hoffmann, no encuentran su propio reflejo en los contra-

dictorios espejos del panorama actual. Y puede que se les encoja el corazón al recordar las tajantes palabras de Pedro Salinas en un artículo recogido en el libro de crítica *Literatura española del siglo xx*: “Cada día encuentro menos admisible ese tipo de artista inconsciente, que no sabe lo que hace; sobre todo, que no sabe lo que quiere hacer”. Quizá sólo encuentren consuelo cuando el propio Salinas admite, más abajo: “El artista puede muy bien no percibir, justamente por lo inmerso que está siempre dentro de su obra, la profunda relación de coetaneidad espiritual con aquellos que trabajan a su lado”.

Cuando eligen libremente para expresarse la forma literaria del relato breve, ¿qué es lo que “quieren hacer” estos autores?; y, sobre todo, ¿qué es lo que hacen? Tal vez fuera más fácil empezar a decir lo que no hacen. Desde luego no se documentan exhaustivamente sobre una época como concienzudos reporteros ni intentan saturar el texto de referencias más o menos explícitas a un momento y lugar históricos (repito: pasado o actual); tampoco parten de un cosmos prefijado donde rige la férrea norma de que todo es posible, generosa y fecunda licencia que permite de antemano subyugar al lector. No tienen revelaciones visionarias de personajes redondos que los acosan para encarnarse en el relato, como espíritus amigables, ni geografías apriorísticas, tangibles o simbólicas, donde dar rienda suelta a sus criaturas, ni anécdotas y motivos legendarios o reales que den pie a sus argumentos. Pobres cuentistas, con tan pobre bagaje: parten desnu-



dos como los hijos de la mar. Su sola herramienta es el lenguaje, única baza para equilibrar, para acotar, poner principio y fin al devenir inconcluso de un mundo cambiante.

Son los suyos cuentos egoístas, que nacen de dentro; que van creando los espacios a veces esquemáticamente, a veces al modo taimada, según requiera el “tempo” interno del personaje. La indeterminación, sabiamente llevada de la mano, maquillada tal vez con nombres propios, con vagas fechas, sugiere una riqueza interpretativa en que el escritor se convierte en lector complacido de su propia obra: abstenerse exégetas en exceso rigurosos.

Su punto de vista nunca es objetivo, aun cuando a veces se escuden en un pulcro conductismo y en una morosa contemplación de los objetivos. Si hay multiplicidad de personajes, inevitablemente uno conducirá de forma imperceptible la lectura de las voces y hasta los pensamientos de los otros, que para eso estamos hablando de cuento, forma narrativa finita e inteligente donde la mirada se erige en principio constructivo. Ninguno de los personajes, sin

Cuando eligen libremente para expresarse la forma literaria del relato breve, ¿qué es lo que “quieren hacer” estos autores?; y, sobre todo, ¿qué es lo que hacen?

embargo, existe más que en la apretada zona de unas cuantas páginas: en ellas nacen, en ellas despliegan facetas a veces contradictorias, y en ellas por siempre quedan imperfectos. No pre-existen al cuento. No sobreviven al cuento. El cuento los construye y los encierra en una urna (como al espacio, como al tiempo). Sus sentimientos, las palabras que dijeron, los actos que realizaron, se completan y multiplican en la mente del lector con lo que pudieron hacer o decir o sentir: es prerrogativa del escritor que, eligiendo, no quiere renunciar a nada, y siembra el relato de sugerencias, de elipsis, de semillas de ambigüedad y hasta de pistas falsas; es prerrogativa del lector, nunca conforme, que aplica sus propios mecanismos lógico-sentimentales incluso en contra de la supuesta intención del autor (aunque siempre con la secreta aquiescencia de éste), y reclama, imperioso, leer más de lo que está escrito. Y todo eso, qué duda cabe, es literatura.